

Nuestra inmortalidad, de dicha ó desventura plena, es una verdad que la revelación y la razón demuestra, pero cuando ya se ha traspuesto la cumbre de la vida y comienza el triste descenso que rematará en la fosa, se convierte en una verdad de sentimiento, casi de nervios. A la luz amarillenta de los blándones funerarios, como rápidos y vanos fantasmas se miran todas las grandezas de la tierra.

Todos los esfuerzos del estudio, todos los prodigios del talento, todas las conquistas de la ciencia son inútiles y vanos, si no entran en los rieles de los inmutables, sapientísimos y amorosísimos designios de Dios. Sócrates, el más elevado pensamiento del paganismo, exclamaba: "Sólo sé que nada sé." Más felices nosotros, hemos recibido del Cielo, ya acuñadas, las dos verdades que son como el alfa y el omega de nuestra ruín sabiduría *Initium sapientiae est timor Domini. Porro unum est necessarium.*



DISCURSO

pronunciado por el Sr. Lic. D. Tomás Lozano en la velada literaria que tuvo lugar en el Seminario Palafoxiano, la noche del día 8 del presente mes, en honor de Santo Tomás de Aquino.

Señores Académicos:

SEÑORES:

Son bellísimas y por demás expresivas las figuras que se emplean en la Sagrada Biblia, en el libro por excelencia, para dar una idea de lo breve de la vida humana.

Se la compara al humo que rápidamente se disipa; á la florecilla que en la mañana abre su aromado cáliz y en la tarde está triste y marchita; al heno que brota sobre los tejados y se seca antes de llegar á su madurez; á la nubecilla que apenas se forma cuando la deshace la más ligera brisa . . . y la experiencia de todos los días presenta la palpable realidad de esas figuras, ó mejor diremos, de esas sentencias que encierran esta verdad aterradora á la par que llena de dulces consuelos y de sublimes esperanzas: "Contados son los días del hombre sobre la tierra."

Si es brevísimo el espacio que media entre la cuna y el sepulcro, natural es que los hombres desaparezcan rápidamente dejando si acaso los que más se han distinguido, una huella apenas perceptible de su paso por el mundo.

¿Qué ha sido de los más renombrados legisladores, de los más insignes sabios, de los más poderosos reyes y de los más ilustres capi-

tanés? Apenas conserva la historia cubiertos con el polvo de los siglos los nombres de Solón y de Licurgo, de Cicerón y de Aristóteles, de Ciro y de Alejandro.

Mas si los hombres desaparecen, ¿las obras de los hombres al menos les sobreviven, de manera que puedan perpetuar su memoria y conquistar la inmortalidad?

Efímera como es la existencia del hombre, sus obras participan de la misma fragilidad, de la misma miseria. Volved los ojos á las edades que nos precedieron y vereis que la mano infatigable del tiempo, amontonando escombros sobre escombros, ha destruido grandiosos monumentos, leyes justas, instituciones venerandas, costumbres seculares y naciones ricas y florecientes.

¿Qué es lo que queda sobre esas ruinas espantosas producidas por el trascurso de los siglos? Nada, y esta sola palabra lo explica todo...

Es que el hombre si por las nobilísimas dotes de su espíritu está llamado á la dichosa posesión de una ventura inacabable, por lo que se relaciona con su existencia terrena, ni es inmortal ni puede crear nada que lleve el sello de la inmortalidad.

¡Inflexible ley de la naturaleza! Todo nace, vive y muere y esta regla invariable que se refiere á los seres vivientes y que por lo mismo comprende al hombre, tiene una forzosa trascendencia á todo lo que con él se relaciona.

Hay sin embargo una institución que sobrevive á los hombres, á las generaciones y á los siglos; una institución contra la cual nada pueden los terribles estragos del tiempo, ni las más encarnizadas persecuciones, ni las más furiosas tempestades. Una institución que si bien se asienta en la tierra, se alza magnífica y magestuosa hasta tocar las regiones incommensurables del cielo; una institución en fin que, como su autor, es inmutable y sería también eterna si no hubiera tenido principio.

Ya comprendéis, Señores, que me refiero á la Iglesia Católica, que poderosa y admirada ayer, débil y escarnecida ahora, tiene, si cabe decirlo, más fortaleza, más vigor y más vida que cuando la fecundó la sangre generosa é inocente de su divino fundador y de tantos y tantos ilustres mártires.

Enseña del bien y de la verdad, no sólo se ha conservado incólume en los diez y nueve siglos que han corrido desde su origen hasta

nuestros dias, sino que tiene el poder de hacer inmortal todo lo que se refiere á estos dos grandes principios que son como los ejes en que descansa.

Hemos visto que los hombres desaparecen y que sus obras, si bien les sobreviven, llegan también á desaparecer, y sin embargo de esta incontrovertible verdad, puede afirmarse que hay hombres que no mueren, que hay obras que tienen el sello imperecedero de la inmortalidad.

Y no diréis que exagero si os fijáis en el hombre extraordinario cuya memoria celebramos hoy, y en los portentosos escritos de ese mismo hombre, á quien las generaciones llaman astro de primera magnitud, maestro de las escuelas y lumbrera magnífica de la Iglesia y de la sociedad.

Así es, en efecto, y vosotros los sabios que habéis pasado las vigili-
as estudiando la Suma, no dudaréis en asegurar lo que yo afirmo, por más que siendo como soy, no sólo indocto sino ignorante, no haya podido sentir la fruición deliciosa que habréis experimentado al recorrer las luminosas páginas de esa obra, que pudiera llamarse divina, puesto que fué escrita por inspiración celestial, si no debiera reservarse este dictado á las Sagradas Escrituras.

Voy á hablaros de ese genio verdaderamente esclarecido y de sus inmortales escritos, y perdonad si mis torpes labios no saben formular las alabanzas que deben tributarse al hombre singular, al doctor insigne, á quien los sabios profundamente veneran, y las edades constantemente admiran. Excusadme si mi mezquina inteligencia no hace brillar ante vuestros ojos los regueros de luz que brotan de este astro esplendoroso, y no os presenta, siquiera sea en breve síntesis, los tesoros de ciencia que lejos de agotarse en las seis centurias que han corrido, son ahora más ricos y más abundantes.

Sabéis ya, Señores, que el Santo Doctor procedió de una nobilísima familia de la Italia meridional que estuvo entroncada por la línea paterna con los reyes de Sicilia y de Aragón y por la materna con los príncipes Normandos, conquistadores en otro tiempo de los reinos de Nápoles y de Sicilia.

Conocéis también los interesantes y aun conmovedores detalles de su vida, especialmente el largo y durísimo cautiverio á que lo sujeta-

ron sus propios hermanos Landulfo y Reinaldo, por orden de la Condesa Teodora, madre común de los verdugos y de la víctima.

Sabéis igualmente que en nada influyeron para hacerle cambiar la generosa resolución que había adoptado, ni el lustre de su nombre, ni las consideraciones de su elevada posición social, ni la halagüeña perspectiva de un porvenir brillante, ni los dulces y apretados vínculos con que le estaban unidas las personas que le instaban, le urgían y lo conjuraban á que abandonase el silencioso retiro del claustro; ni en fin la pérdida de la libertad y los inhumanos tratamientos de que fué objeto.

No ignoráis que lejos de ceder á las terribles y poderosas maquinaciones que contra él se emplearon, su espíritu templado en el fuego de la adversidad, triunfó de los mil y mil obstáculos que se oponían á que abrazara la vida monástica.

Restituido á la libertad y bajo las sabias enseñanzas del ilustre Alberto Magno comenzó una serie de victorias, que más bien podrían llamarse prodigios, pues como dice acertadamente uno de los biógrafos del Santo Doctor: "Sería interminable la relación individual de las virtudes y de las maravillas de este agigantado espíritu. Fué su vida una perpetua cadena de portentos y fué uno muy visible y que encierra otros muchos, como lo notaron los mismos Sumos Pontífices, que un solo hombre en menos de veinte años pudiese enseñar con inaudito aplauso en casi todas las universidades más célebres de Europa; combatir y desbaratar con sus escritos los mayores enemigos de la Iglesia; convertir con sus sermones gran número de pecadores y de infieles; componer aquella prodigiosa multitud de sapientísimas obras, que se pueden llamar el tesoro de la religión; explicar con tanta precisión y con tanta solidez los misterios más oscuros de la teología; enseñar con tanta limpieza y con tanta unción las verdades de la moral; exponer con tanta claridad en sus sabios comentarios los libros de la Sagrada Escritura; satisfacer tan plenamente á cuantas dudas le consultaban de todas partes, como á universal oráculo; y en medio de todo esto, dar muchas horas á la oración todos los días; no dispensarse casi nunca en las funciones ordinarias de la comunidad; macerar su carne con rigurosísimas penitencias, sin embargo de tener una salud delicadísima: esta fué la vida de Sto. Tomás de Aquino."

Así termina el ilustre escritor citado este exacto y precioso compendio de los asombrosos hechos llevados á cabo por el angélico maestro en su peregrinación sobre la tierra.

Una vida tan santa y edificante debió concluir gloriosamente como en efecto terminó la del escogido del cielo.

Vengamos ahora á los escritos del santo Doctor y abramos la "Summa Theologica."

Os confieso, Señores, que tengo miedo, ya porque soy ignorante en la altísima ciencia de Dios, como porque es sin duda un desacato pasar ligeramente dedicando unas cuantas palabras á este monumento de elevada grandeza, de ciencia profunda y de inspiración celestial. Y sin embargo, ni mi pequeñez me permite otra cosa ni debo alargar el tiempo que os dignáis concederme, escuchándome con benévola atención.

Como sabéis, la ciencia de Dios, el conocimiento de sus adorables perfecciones y de sus divinos atributos, fué el punto objetivo de las investigaciones del Santo; investigaciones que lo elevaron en alas de la más sublime inspiración, hasta penetrar algo de los escondidos secretos de la Divinidad, hasta descorrer una parte del misterioso velo que cubre al que es infinito por excelencia.

Incomprensible como lo es el misterio de la Santísima Trinidad para la pobre inteligencia humana, lo explica sin embargo el insigne maestro puntualizando las propiedades, las relaciones y las excelencias de las tres Divinas Personas, haciendo perceptible todo esto, en cuanto es posible, á la débil razón.

La naturaleza angélica, de la cual participaba el Santo, puesto que es llamado universalmente el angélico doctor, le permite estudiar á estos espíritus privilegiados, cuya existencia es necesaria para la perfección del universo; sustancias incorpóreas colocadas como un medio entre Dios y las creaturas corpóreas, servidores del mismo Dios é intermediarias entre el cielo y la tierra.

En la obra de la creación nos hace admirar la omnipotencia del Criador, su infinita sabiduría y el amor también infinito que tuvo á los hombres, á quienes constituyó reyes dándoles el imperio absoluto sobre todas las cosas criadas.

Los actos humanos, que si bien revelan la eminente grandeza del hombre descubren al mismo tiempo su extremada pequeñez, son tam-

bién objeto de los profundos estudios del insigne maestro, que armoniza la incomprensible unión del espíritu y de la materia, poniendo de acuerdo las levantadas aspiraciones del alma con las groseras exigencias de la carne; y muestra el origen de las pasiones señalando las buenas y las malas, y determina el principio de las virtudes y descubre el germen de los pecados que apartan al hombre de Dios y provocan su justo enojo.

Después de examinar al hombre como individuo, lo considera en sus relaciones con la sociedad y expone magistralmente el sistema de las leyes divinas y humanas, deduciendo con inflexible lógica los deberes de los hombres en su doble carácter de siervos de Dios y súbditos de los poderosos, prescribiendo á éstos, por decirlo así, los límites que no pueden ni deben traspasar.

La gracia, don preciosísimo y necesario para que seamos aceptables á los ojos de la Divinidad, es presentada por el Santo como un medio fácil de adquirir, si el hombre presta dócilmente su voluntad á las inspiraciones de Dios.

El tratado de la justicia y del derecho, debería ser consultado por los sabios, por los legisladores y especialmente por los encargados de dirigir á las naciones, para que las encaminasen como dignos ministros de Dios por los senderos de la moral, que es la base de la justicia y del derecho . . .

Mas permitid, Señores, que me detenga cuando apenas he comenzado á señalaros rudamente y de una manera ligerísima, algunas de las mil y mil bellezas que tantas veces habéis saboreado y que por lo mismo no os son desconocidas. ¡Quién puede intentar siquiera medir un mar anchuroso que tiene por límites magníficos horizontes que confinan con la inmensidad!

Seis siglos han pasado desde que el sol de Aquino apareció en el cielo de la Iglesia, y lejos de que se debiliten los fulgores de este astro esplendoroso, cada día, si cabe decirlo, brillan con más intensidad.

Seis siglos han pasado desde que los escritos del Santo hicieron brotar purísimas fuentes, en las cuales han bebido los hombres más sabios del mundo, y lejos de agotarse son cada día, si así puede decirse, más puras y más abundantes. Seis siglos han pasado desde que se dejó oír la voz del ilustre escritor y lejos de extinguirse, los cole-

gios, las universidades, los concilios, los Pontífices y el mundo todo, aun escuchan los acentos de esa voz inspirada por el cielo. ¡Seis siglos, Señores, que han formado un nimbo de luz sobre el cual se destaca gigantesca y magnífica la figura de Santo Tomás de Aquino!

Estos hechos verdaderamente grandiosos que la historia consigna y que nosotros casi palpamos, comprueban la exactitud de lo que antes os decíamos. Hay hombres que no mueren; hay obras que tienen el sello imperecedero de la inmortalidad.

Vive, en efecto, el genio esclarecido, y no con la vida material y grosera que acaba con la podredumbre y los gusanos, sino con la vida interminable que le conquistaron sus preclaras virtudes; viven también sus obras, que no han envejecido ni el dilatadísimo curso de los siglos, ni los progresos de las ciencias, ni los grandes adelantos de que se gloria la humanidad, pues por el contrario parecen haber sido escritas para atender á las ingentes necesidades de nuestros días, para desbaratar los absurdos filosóficos de las escuelas, tristemente en boga en nuestra época, y para pulverizar los errores que son la inevitable consecuencia de esos absurdos.

No es extraño que los escritos del Santo hayan sido y sean objeto de tan grande y tan legítima admiración, pues bien sabéis que no sólo son un monumento levantado á la ciencia teológica y á las filosóficas y morales, sino un conjunto asombroso de todos los conocimientos humanos. Así lo afirma un notable escritor de nuestros tiempos, sosteniendo que en las obras de Santo Tomás de Aquino están comprendidos, aunque sea de una manera general, los principios de todas las ciencias.

Una entre las varias pruebas que de esta verdad pudieran citarse, nos la suministra el distinguido jurisconsulto Fiore, quien al hablar de los diversos factores que contribuyeron al desarrollo del derecho internacional, dice: "El primer impulso fué dado por las escuelas teológicas. El gran genio que se llama Santo Tomás de Aquino, en su obra, que es el principal monumento literario del siglo trece, estableció las verdaderas bases del derecho de guerra. Él formuló la regla de que la guerra puede ser permitida cuando se hace para la defensa del Estado, ó en interés del bien común y se declara por el jefe del mismo Estado: *Bellum pro defensione Reipublicae et pro bono communi, ab eo cui regionis administratio commissa est, indictum,*

“nullum peccatum est, si recta intentione geretur: secus autem bellare illicitum est.

“Admite, además, que aunque la guerra sea permitida, no todo es permitido contra el enemigo, porque la guerra no es un estado contra la naturaleza y sin leyes, y enseña que se deben observar los tratados y la fe prometida aun respecto del enemigo. *Insidiae vel fraudes contra fidem promissam in bellis illicitae sunt.*

“Sin embargo, lo mismo que los Doctores de la Iglesia y los escritores católicos, no se ocupó sino accidentalmente en las cuestiones de derecho internacional y no las trató más que bajo el punto de vista teológico y moral, como por ejemplo para decir si el hecho de guerrear era pecado, si los clérigos podían ser soldados y cuáles eran las personas que podían hacer la guerra.

“Por lo mismo, Santo Tomás, como los otros escritores escolásticos, no nos ha dejado un tratado de derecho internacional ó no ha discutido estas cuestiones independientemente de los estudios teológicos.

Ya veis, Señores, cómo en concepto del escritor citado, sin haberse ocupado el Santo en el estudio del derecho internacional, estableció verdaderos principios sobre esta importante materia.

Tanta y tan eminente sabiduría, tantos y tan grandes tesoros de ciencia, han exigido como merecido tributo los calurosos elogios de los hombres más distinguidos de todos los tiempos, y si es cierto que es inmensa la estimación que debe hacerse de ellos, ¿qué valen si se los compara con el que hizo el mismo Dios cuando dijo al Santo: “Bien has escrito de Mí, Tomás: con qué quieres que te premie?” ¿Qué mayor alabanza puede imaginarse? ¿Qué mayor galardón puede desearse que la posesión del mismo Dios, que fué lo que el Santo pidió ansiosa y humildemente?

Con razón el gran Pontífice que rige los destinos de la Iglesia, el hombre más sabio del mundo en la actualidad, el que con afanoso empeño trabaja por los adelantos morales de todas las naciones, uniendo su autorizada voz al concierto unánime de sabios que han aplaudido las obras de Santo Tomás de Aquino, recomienda con grande insistencia una y otra vez, á todas las escuelas católicas, el estudio de esas obras verdaderamente insignes.

Con razón, Señores, porque las doctrinas del Santo y las enseñanzas que brotan de ellas ilustrarán las inteligencias, levantarán y robustecerán la fe, tan enfermiza y débil en los desgraciados tiempos que alcanzamos: esas doctrinas salvarán á los pueblos del naufragio á que tratan de arrastrarlos las dos grandes y funestas escuelas que en el día se disputan el imperio; esas doctrinas, en fin, regenerarán el mundo.



24 - 10,000
189

24 x 189
192

3052 189

